

# Biblioteca-Films

La mujer que supo resistir

Núm. 43

50

cénts.



BARBARA  
LA MARR  
Charles  
De Roche



TOURNEUR Maurice

# BIBLIOTECA FILMS

TÍTULO DE LA SUPREMACIA

REDACCIÓN:  
Urgel. 40. 2.º, 2.º

Teléfono 3028-A  
BARCELONA

APARECE TODOS LOS MARTES

REVISADO POR LA CENSURA MILITAR

*The White Moth, 1924*  
\* **La mujer que supo resistir**

Emocionante historia de la una mujer que triunfa  
del verdadero amor en alas del sacrificio de  
pasiones bajas e innobles



## PERSONAJES

Edith Reid  
John Morley  
Douglas Morley  
Gustavo Dupré  
Nixon Aures  
Betty Daller (novia de Douglas)  
El Director de Escena

## INTERPRETES

Editha La Marr  
Conway Tearle  
Ben Lyon  
Charles de Roche  
Josie Sedwick  
Edna Murphy  
William Orlamond

\* En fr: *Papillon blanc*  
s/ *De la femme qui a su résister*  
de la femme / fond (voir: *TOURNEUR*  
p. 670)



Registrada. Queda hecho el  
depósito que marca la ley.

Imp. GARROFF - Villarroel, 19 y 14 - BARCELONA

## La mujer que supo resistir

ARGUMENTO DE DICHA PELÍCULA

¡Pobre barquilla mía,  
entre peñascos rota,  
sin velas desvelada  
y entre las olas sola.  
¿Adónde vas perdida?  
¿Adónde, si te engolfas?  
¡Que no hay deseos cuerdos  
con esperanzas locas!

LORA DE VEGA

Noche gris, de color de plomo, noche otoñal. Los últimos fiacres y automóviles que a la salida de los espectáculos públicos habían dragado el público, desde las puertas de los teatros a sus domicilios, dirigíanse con perezoso andar aquéllos y a gran velocidad los segundos, a sus cocheras y garajes.

Las luces titilantes de los faros situados a lo largo del Sena se reflejan en el pavimento humedecido por lluvia menudísima—aquella lluvia octubrina tan característica de París—; y en las aguas del Sena se reflejan los lumineros de los puentes y de los paredones de sus márgenes. De vez en cuando oye el cascabelo y el peznicar acompasado de los caballos de algún pesetero que se aleja. En las calles

reina la soledad sólo interrumpida por alguna pareja de noctámbulos, que, muy arropados, desaparecen con presteza.

Una mujer, cubierta con una capa y abrigada con una echarpe de pieles, camina lentamente cabe los parapetos del Sena. Al llegar a la escalera que conduce a un embarcadero, se para y dirige su mirada a las aguas tranquilas. El faral inmediato le ilumina la parte superior del rostro que lleva al descubierto. Sus ojos negros, grandes, rasgados, expresan gran tristeza. Mira a su alrededor, y, al verse sola, baja la pétreo escalera que al embarcadero conduce. Deja caer el bolso en el suelo y también la echarpe, quítase los guantes y contempla con la vista extraviada, las aguas que pronto van a convertirse en sudario de sus locas ilusiones y en losa que ocultará para siempre su cuerpo. Extiende los brazos, se inclina y...

—¡No, no, joven!—clama con voz potente a su espalda alguien que se ha precipitado corriendo escaleras abajo; y la coge por el brazo—; ¿qué va a hacer usted?

El hombre que tan de improviso se ha presentado, tiene tipo de atleta; alto, bien formado, con espaldas anchas; viste con elegancia; sombrero de copa, smoking; cubre su calzado de charol con botines de paño gris y su cuerpo con elegantísima capa.

La joven baja la cabeza. Está pálida. Se le escapa un hondo suspiro de su pecho y responde con voz apagada:

—Me quiero suicidar... Hoy me han silbado... Me han pateado... Me han insultado y... ¡quiero morir!

—Pero... ¿quién?... ¿quién la ha silbado?... ¿quién la ha pateado?... ¿quién la ha insultado?... ¿quién... es usted?

—Me llamo Edith Reid, soy norteamericana, vine a París para actuar en «La Cigale»... —¿De bailarina?

—De bailarina, señor; pero he querido ser honrada, he querido conservar mi nombre puro, sin mácula, y los viciosos concurrentes al espectáculo, pagados por quien me quería mancillar han roto mi porvenir... Ya no me puedo presentar en público... Hoy me han silbado estrepitosamente... Y al llegar al hotel recibo este telegrama.

La joven, con los ojos llorosos, recoge su bolso del suelo, saca un telegrama y lo entrega a su interlocutor, quien lee:

*Edith Reid. — 230, rue Saint Antoine. — París. — Sentimos no poder seguir remitiendo pensión. — Vuelva usted. — Sociedad Musical de Kansas.*

—¡Buena!... ¿y qué?—dijo sencillamente el joven devolviéndole el telegrama.

—El público me protesta porque quiero ser honrada, la Sociedad Musical, bajo cuyos auspicios trabajaba, me abandona; ya no me queda más remedio que hundirme en el Sena con mis ilusiones, pues he perdido mis sueños de gloria.

—Al verla, creí en un abandono. Hay quien dice que se puede uno matar por un amor mal correspondido. Yo soy del parecer que ni por eso... Pero... por semejante tontería no y mil veces no. Mire, señorita, deje que el Sena espere; es tan fiel que siempre le ballará con los



brazos abiertos, y... ¡que espere por muchos años!

—Es que no puedo volver a mi país después de mi fracaso... ¡Prefiero morir!

—Señorita, yo soy Gustavo Dupré, primer bailarín del Gran Casino. He lanzado algunas «estrellas», y creo poder conseguir que usted triunfe... Precisamente ahora necesitaremos una bailarina de estilo para una revista de gran espectáculo y usted vendrá de perlas. Vámonos, señorita—invita Gustavo Dupré al mismo tiempo que echa la echarpe sobre los hombros de ella—; yo la acompañaré al hotel y esta tarde—eran las cuatro de la mañana—después del almuerzo iré a buscarla para los ensayos... ¡Vamos!

—Gracias, señor Dupré!

## II

Han pasado algunos meses. Hace dos que en el escenario del «Grand Casino des Artistes» triunfa «Crisálida», la celebrada bailarina americana de ojos grandes, negros, rasgados, a quien el primer bailarín Gustavo Dupré ha lanzado y que nuestros lectores han conocido con su verdadero nombre de Edith Reid a orillas del Sena.

El teatro se llena cada noche de una multitud, formada casi en su totalidad por artistas y gente adinerada, ávida de admirar y aplaudir el arte y la belleza de la gran estrella.

Entre los admiradores de «Crisálida», era el más asiduo, Douglas Morley, millonario norte-



BARBARA LA MARR

con dedicación a los lectores de BIBLIOTHECA FILMS

americano a quien el encanto de «Crisálida» haciale olvidar que su novia, Betty Dallar, toda ilusión, arreglaba, desde hacía días, las plumas para el nido.

Douglas Morley ocupaba él solo, todas las noches, un palco de proscenio que tenía abonado.

Aquella, el teatro estaba brillantísimo como en los días de las grandes solemnidades. Se había anunciado un trabajo nuevo de la celebrada bailarina.

Corrióse la cortina. La escena representaba el jardín del amor. En el centro de la escena aparecía un inmenso rosal y entre dos ramas del mismo, un capullo suspendido. En el momento en que la luz de la aurora ilumina las perlas de rocío que el llanto silencioso de la noche ha depositado en la corola de las rosas, sale *Enamorada*—el primer bailarín—al compás de un lánguido vals lento, y busca en el jardín la flor de sus amores. La rosa es la preferida. Va a cogerla para prenderla en su pecho; pero nota la presencia del capullo suspendido entre dos ramas que se mueve, y retrocede. Abre la parte superior del mismo y aparece la preciosa cabeza de la *Crisálida* que sale de su letargo. Rásgase el capullo y sale a escena la linda mariposa de alas plateadas que revolotea alrededor de *Enamorada*, al compás de un fox-trot apasionado, pretendiendo hacerle huir de la rosa y aprisionarle en las redes de su belleza.

Vence la mariposa la resistencia del mancebo y cuando éste se abalanza sobre ella rendido por el fuego de la pasión, la inquieta mariposa

se esquivo y huye lanzando al aire una sonora carcajada. El fuego que arde en el pecho del mancebo enamorado se refleja en un incendio que se promueve tras los rosales: fuego de lascivia que la orquesta acompaña con música sensual, *Crisálida* huyendo del *Enamorado* encajado, sube sobre un promontorio y se arroja de cabeza sobre el fuego que figura consumirla, dejando desesperado a su perseguidor. Así termina el cuadro. Una salva de aplausos corona el trabajo de *Crisálida* que se ve obligada a presentarse en el proscenio multitud de veces. En una de ellas un ramo de flores naturales cae a sus plantas, lanzado desde un palco proscenio: es el tributo de rendida admiración de Douglas Morley quien, de pie, inclinado sobre el parapeto del palco aplaude frenéticamente.

Y mientras en la sala de espectáculos Edith Reid recibe la ovación, repartiendo agradecida saludos y besos con la mano, entre bastidores teje la envidia, con bala inmundada, la red del descrédito de la primera bailarina.

Venimos al cuadro.

Los carpinteros y tramoyistas cambian las decoraciones y disponen la escena para el cuadro siguiente. El director de escena, que es al mismo tiempo co-empresario—un tipo escuálido, vestido con raído levitón y zapatos en mal uso, con quevedos montados en mitad de su nariz, con una perilla y bigote poco espesos y con una cabeza poblada por distritos—respira felicidad por todos los poros. Al oír la ovación, baila un zapateado, con menoscabo de su autoridad y reparte sonrisas entre los



cómicos y empleados, diciendo a todos los que pasan a su lado:

—¿Eh?... ¿eh?... ¿Qué le parece?... ¡Admirable!... ¡Admirable!—y daba unas pataditas más balanceando los brazos.



*Edith, piensa que me alega un deseo al que yo creía tener algún derecho*

Algo más cerca de la puerta que al pasillo de los camerinos conduce, una artista muy guapa, muy rubia y muy enfadada, gesticula exageradamente delante de Gustavo Dupré. Llámase Ninon Aurel, otra protegida del primer bailarín; mujer todo pasión, loca de amor por él, a la que Dupré había sacado del más abyecto

antro de Montmartre y a quien también él había lanzado, haciéndola triunfar. Pero desde que un día presentara el bailarín a Edith Reid, el cariño de Gustavo por la rubia se había enfriado, mientras que el de ésta por él se acrecía con los terribles celos que la consumían. Desde el debut de Edith había sido relegada Ninon a segundo término.

—También tendrías yo ese éxito si hubiera un americano que me pagase los aplausos.

Dijo Ninon Aurel esta frase a Gustavo Dupré en un tono de gran desprecio y en voz tan alta que fué oída por Edith Reid, quien en aquel momento se dirigía a su camerino. Esta se acercó a Ninon con sonrisa burlona, pególo un papirotazo y díjole:

—¡Anda, ve con tu mamá, y... que te zurza!

Con la rabia en el alma la rubia, y «Crisálida» con aire triunfador, dirigiéronse a sus respectivos camerinos. Gustavo Dupré siguió a ésta y llamó a su puerta. Sahó la criadita china al servicio de Edith Reid.

—Dispense el señor, la señorita Edith se está vistiendo, y no tiene por costumbre recibir a nadie.

—¡Bien, bien!

Gustavo dirigióse a su cuarto y se apresuró a vestirse para poder alcanzar a Edith antes de que se fuera.

En el vestíbulo de entrada a las habitaciones de los artistas un grupo de lechuguinos y de viejos verdes esperan la salida de la estrella, llevando en sus manos sendos ramos de flores.

Salió Edith y todos aquellos moscardones se adelantaron con ademán adulator presentándo-

le ramos de flores, como homenaje de su admiración, curvando sus bustos en actitud servil.

— ¡Señorita, reciba este obsequio!— decían unos.

— ¡Hermosa «Crisálida», no olvido que hoy es su cumpleaños!— clamaban otros.

Apareció Gustavo Dupré, quien, en voz bastante recia para que pudiese ser oída por los aduladores, dijo a la joven:

— Edith, no derroche usted sus horas escuchando a esos majaderos...

Aquellos majaderos, ante tan cariñosa manifestación, bajaron la cerviz y deshicieron coridos. El bailarín dijo a Edith, cuando estuvieron solos:

— ¿Quiere que vayamos a cenar a su casa? Jamás me ha llevado usted a ella.

— Le he distinguido muchas veces, Gustavo; pero lo que ahora me pide, no lo ha conseguido nadie y espero que nadie lo conseguirá.

— Edith, piense que me niega un deseo al que yo creía tener algún derecho.

— Gustavo, considere que yo no quiero pasar, ni delante del hombre a quien debo la vida y la gloria, por lo que no soy: sacrificaré la gloria y hasta la vida antes que la honradez y el honor de mi nombre.

— Sin embargo, todas las mujeres a quien yo he ayudado a subir y que han triunfado por mí, no me han negado sus favores.

— Desde hoy, Gustavo, ya no podrá decir esto.

— Piénselo bien, Edith.

— Es mi última palabra.

— ¡Es usted terrible y... cruel!



— Sólga usted inmediatamente.



—Soy sencillamente la mujer que sabe resistir... ¡Adiós, Gustavo!

—¡Adiós!

Mientras Edith Reid salía y subía al automóvil que la esperaba para llevarla al hotel, Gustavo Dupré quedó clavado en el vestíbulo, con el pensamiento fijo en aquella mujer singular a quien amaba con tanta más pasión, cuanto más se resistía ella a acceder a sus deseos vehementes.

### III

Douglas Morley acaba de levantarse. Mientras se arregla, contempla, con amoroso anhelo, con fruición de enamorado, un retrato colocado sobre su mesa escritorio. Desde que «Crisálida» se lo regalara, aquel retrato era lo que hacía latir su corazón.

Pero aquel retrato era también el gusano roedor que le remordía la conciencia, y la pesadilla de su espíritu. Douglas Morley, como hemos indicado anteriormente, estaba comprometido oficialmente a una hermosa joven de su posición social, la señorita Betty Dallar, americana de nacimiento, tan bella como modesta y buena. El casamiento debía celebrarse en breve a juzgar por los preparativos de la novia. Pero el conocimiento de la hermosa «Crisálida», ha apagado los entusiasmos matrimoniales de Douglas, con menoscabo de su tranquilidad de espíritu y con gran pena de John, hermano mayor de Douglas. John Mor-

ley, soltero también, hombre íntegro y sereno, veía, en efecto, con pesar como «Crisálida» era la diosa, ante la que su hermano estaba rendido. Mas a decir verdad, aquella mujer singular, que sabía conservar su alma pura y su cuerpo sin mancha en un medio ambiente de corrupción, no había hecho más que dedicar una de sus fotografías a un compatriota admirador de su arte, y si fomentaba aquella amistad era con miras al matrimonio; pues ciertamente hubiera roto aquella amistad incipiente si hubiese sabido que Douglas tenía relaciones formales con una mujer que estaba próxima a contraer matrimonio con él.

Douglas Morley, desde su misma habitación, púsose en comunicación telefónica con la estrella que le robaba el seso; pero antes de empezar a hablar entró su hermano con un auricular de su teléfono.

—Douglas, Betty te llama desde hace rato. Toma mi auricular y contéstale, está ya en el aparato.

Obedeció aquél:

—¿Betty?... Muy bien ¿y tú?... ¿Dices que vaya a ver tu *troussseau* que tienes terminado? Sí, sí, ya iré... No, esta noche no, me es imposible... Tengo un compromiso ineludible... Sí, una reunión... Lo siento, nena.

Púsose en el otro oído al auricular de su aparato que comunicaba con Edith:

—¡Edith, Edith!... Soy Douglas... ¿Puede usted decirme si comerá conmigo antes de ir al teatro? ¿Cuándo?... Esta noche... ¿Cómo dice usted?... ¿Que si la deja Mitzi?... ¿Quién es Mitzi?... ¡Ja, ja, ja!... ¡Su perrito!... Ya



empezaba a tener celos... Póngale delante del aparato y que me lo diga... ¿Ve usted?... Dícele que sí. ¿En su casa no?... Bueno, donde usted quiera... Entendido, en el mismo Casino. ¡Hasta las diez!

Púsose en el oído derecho el otro auricular y aun estaba su novia llamándole; él contestó:

—¿Quién?... ¿Betty?... No, nena, no; me será imposible... Te he dicho que esta noche tengo un compromiso ineludible... ¡Mañana nos veremos!... ¡Adiós!

Douglas iba a llevar el auricular a su hermano; mas se presentó éste y díjole:

—Ya he oído, Douglas. La comedia que estás representando es indigna de un hombre serio. ¿No te parece que es un capricho demasiado fuerte el que sientas por esa mujer?

—¿Por qué mujer?

—Por esa bailarina, por «Crisálida».

—John, te ruego que no te mezcles en este asunto... Edith es hermosa y diferente de las demás mujeres.

—Es posible. Todas las mujeres son diferentes; pero unas más honradas que otras.

—Te suplico que moderes tu lenguaje respecto a esa mujer.

—El que debe moderar los impulsos de su corazón con respecto a esa mujer eres tú. Tienes un compromiso de honor dado a una mujer honrada, buena y...

—¡Rica!—interrumpió Douglas riendo.

—No, no quería decir eso... Quise decir: hermosa. Bien sabes que tu mujer no necesitará la riqueza; bienes de fortuna tienes de so-

bra para ti y para ella. Pero la honradez de Betty es su cualidad más apreciable y que no te puede ofrecer una mujer de teatro.

—Falso, John, falso. Edith es tan honrada como lo pueda ser la más honrada.

—Acabemos de una vez, Douglas. Tú has dado promesa formal de casamiento a Betty Dellar. Hasis profusado la época de vuestro casamiento. Dime con toda sinceridad si mantienes la promesa dada.

—La mantengo.

—Es todo lo que quería saber. Ahora bien; Betty sabe que tú vas todas las noches, desde que has conocido a esa desventurada mujer, al teatro del «Grand Casino des Artistes», y ha manifestado deseos de asistir a la función de esta noche; como tú no puedes acompañarla por deber asistir a esa reunión que has dicho, te advierto que la acompañaré yo. Supongo que no hallarás inconveniente en ello.

—Siento que te metas en lo que nada te importa; pero ya que te empeñas, puedes acompañarla, mi palco está a tu disposición.

—Está bien.

#### IV

Como cada noche, en el teatro del «Grand Casino des Artistes», se representaba por vigésima vez la ya famosa revista «Amor», en que tomaban parte principalísima Edith Reid,



con el pseudónimo de «Crisálida», y el famoso primer bailarín, Gustavo Dupré.

La sala, como siempre, estaba de bote en bote. El palco de Douglas lo ocupaban su hermano John, la novia de aquél Betty Dallar,



*Acababa de dejar a la artista en su camerino.*

y una hermana de ésta. Minutos después de comenzada la función llegó también Douglas que había comido aquella noche con Edith Reid en el Restaurant del Casino, acababa de dejar a la artista en su camerino.

—Creía que ibas a una reunión esta noche.

—Esta reunión tendrá lugar a la una.

—Lo celebro. Así estarás a mi lado.

—Como mi hermano me anunció que habías manifestado deseos de venir al Casino...

—Sí, porque supuse que tú vendrías—le contestó la novia con segundas.

No contestó Douglas y se tragó la píldora con gran naturalidad. Sentóse lo más cerca posible del parapeto del palco, sin hacer gran caso de su novia.

Con la rapidez que llegan las nuevas de la propia infelicidad, el desamor de su novio oprió el corazón de Betty que quiere ver con sus ojos toda la verdad.

Dió principio al cuadro que hemos descrito anteriormente, cuyos únicos intérpretes eran Gustavo Dupré y «Crisálida».

Douglas Morley se conía—como vulgarmente se dice—con los ojos a la bailarina, y ésta de vez en cuando echaba algún flechazo con los suyos hermosísimos al aristócrata americano. Miradas de inteligencia que no quedaron desapercibidas para Betty Dallar quien sufrió horriblemente, y más cuando, sin darse cuenta Douglas, entusiasmado por el trabajo de «Crisálida», exclamó, dirigiéndose a su hermano:

—John, ¿y no la crees maravillosa?... ¿Dónde has visto otra artista como ella?

—Pero, Douglas, si yo no te digo nada. Ni niego ni afirmo lo que aseveras.

—Francamente—añadió Betty—, a mí no me entusiasma. Ahora, si admiras su belleza, confieso que tienes mucho gusto, porque es muy mona... ¿No te parece, John?

—No me he fijado gran cosa.

Cayó la cortina. Aplausos como siempre y, como siempre, saludos, besos de la artista dirigidos sobre todo al palco de Douglas, que aplaudía entusiasmado, sin pensar que aquellas palmadas repercutían en el corazón de su novia como terribles martillazos; y, entre bastidores, el escuálido Director de escena satisfecho y Ninon Aurel mordiendo en la reputación de la estrella.

Esta se va a su camerino seguida, como siempre, por Gustavo Dupré, quien pide la venia para entrar. La artista está sentada mientras sus dos servidoras la despojan de sus atavíos.

—¡Que entre!—manda Edith Reid a su criada china.

—Edith—le dice Dupré—, tengo dos entradas para el baile de los artistas en el Gran Coliseo... ¿Iremos?

—Lo siento, Gustavo; pero no podré ir... Tengo un horrible dolor de cabeza.

—Quizás haya usted abusado del champagne en la comida de esta noche con ese americano del palco número 1.

—¿Le molesta que haya cenado con él?

—Me extraña; porque supongo será el primero que haya logrado comer en su compañía.

—La indirecta es muy poco fina y algo descortés.

—Así me lo dijo usted ayer.

—Algo parecido; pero no eso, amigo Gustavo. Usted quería ir a comer en mi compañía a mi casa y yo le respondí que ningún hombre había logrado nunca eso; y que pensaba que ninguno lo lograría. ¿Estamos?



La artista recién llegada sondea a los bailadores.



—Edith, no me niegue el venir conmigo al baile... Allí se le pasará el dolor de cabeza.

—¡Ay!... No, no... Estoy para meterme en cama.

—Edith, no sea usted cruel... y al decir esto Dupré se le acercó inclinándose hacia ella y, cogiéndole una de sus manos, exclamó apasionado, mirándola en los ojos— ¡Hermosa Edith, no me desprecie usted!... ¡Yo la amo como nadie la puede querer!

La bailarina no contestaba. Gustavo Dupré, en un arranque de delirio amoroso la abrazó brutalmente y besó en los labios. Pero Edith Reid, levantóse furibunda, forcejeó por desasirse de él y cuando lo hubo logrado, le pegó una fuerte bofetada, diciéndole irritada:

—Salga usted inmediatamente.

—Fui torpe en no comprenderlo antes... Usted es demasiado poco para mí.

—Salga, pues estoy esperando a alguien que sabe respetar a la mujer; al hombre que me ofrezca lo que deseo.

—¿Y qué desea usted?...

—Nada de lo que usted pueda darme...

Edith cerró la puerta delante de las narices del primer bailarín y se empezó a despojar de sus vestidos de escena, ayudada por sus sirvientas.

Llamaron a la puerta, salió la servidora mongola y, después de observar por la mirilla dijo a su dueña:

—Es el señorito americano.

—¡Que entre!

Edith Reid a medio vestir fué a esconderse

tras un biombo. Entró Douglas Morley y al no ver a la bailarina, preguntó:

—¿No está la señorita?

Las dos sirvientas, sin contestar, se echaron a reír. Entonces Edith asomó su cabeza por encima del biombo y sacando su brazo desnudo, saludó:

—¿Cómo está, Douglas?...

—Yo bien, gracias. No le pregunto cómo está usted, pues supongo que estará... fresca.

—Enseguida termino de vestirme... Siéntese.

—¿Qué es este traje, Edith?

—Ese es su disfraz para el baile de máscaras del Gran Coliseo. Puede ponérselo.

Consistía el disfraz, que con anterioridad se había procurado la bailarina, en el vestido de estudiante de la Sorbona del siglo xv. Cuando ella salió de detrás del biombo vestía también su disfraz de estudiante salamanquino con el sombrero de tres picos.

—Está usted monísima, Edith.

—¿Le gusto?

—No me haga usted esa pregunta... Bien sabe que estoy loco por usted.

—Douglas, séame franco. Usted me ha dicho que no tenía compromiso con ninguna mujer...

—Con ninguna—mintió descaradamente el americano.

—¿Quiénes eran, pues, las señoritas que ocupaban hoy su palco?

—¿Es usted celosa?... Eso significa que usted me quiere.

—Sí, Douglas, le amo a usted; pero le amo para que me haga su esposa.

—Por supuesto.

—Es que si yo supiera que tiene usted otras intenciones, aun queriéndole mucho, no titubearía en abandonarle.

—Ya sabe lo que le he dicho, Edith, no tengo en el mundo otra ilusión que pertenecer a usted como marido.

—Dispense, Douglas, que le haya hecho esta salvedad.

—Se la agradezco.

—¡Vamos!... Pero sin meter ruido... Que no nos vea Gustavo Dupré, a quien le he dicho que no quería ir con él porque tenía dolor de cabeza.

—¡Vamos!

Cuando Douglas Morley empujaba la llave para abrir la puerta, Edith se la acercó y cogiéndole por el brazo y mirándole fijamente, le dijo:

—Douglas, ¿no se olvida usted de nada?

El señor Morley se quedó pensativo un momento; palpóse los bolsillos; y viendo que la joven reía, exclamó sonriente:

—¡Ah!... ¡Ya comprendo!

Volvióse hacia ella y la besó apasionadamente.

—¡Vamos, vamos, Douglas!

Salieron de puntillas; desde la misma puerta examinaron el corredor y no viendo a nadie ibanse. Douglas, delante, empezó a bajar la escalera cuando oyeron tras sí una voz recia que llamaba:

—¡Edith!

Esa volvió la cabeza. Era Gustavo Dupré, el cual en mangas de camisa, salía de su camari-



—¿Cómo es que hemos quedado embarazados, señorita?  
—Por una ley de atracción de dos corazonas.



no. Se acercó a la estrella y preguntóle con sonrisa entre sarcástica y de despecho:

—¿Ya le ha pasado el dolor de cabeza?

—Me ha pasado ya... ¿Hay más que preguntar?

—¿Va usted a meterse en cama?

—Voy donde me da la real gana, ¿entiende?... No quiero que nadie fiscalice mis actos.

—Está bien. Desde este momento queda usted libre para contratarse donde quiera... ¡Ninon ocupará su sitio desde mañana!

Douglas Morley, que se había acercado, mezclóse en la conversación:

—Edith, me alegro que haya reñido con ese hombre. Yo la amparé y, si quiere... será mi esposa.

Ninon Aurel, en el umbral de su camerino, desde el principio de esta escena sonreía burlona. Tosió de un modo forzado para llamar la atención, y como Edith la mirase, le hizo un signo de mofa pasándose los dedos de la mano diestra bajo la barbilla y sacándole la lengua. La estrella fué hacia ella como una fiera herida y le gritó:

—¡Verdulera!... ¡Mal educada!... ¡Pregáplatos!...

Ambas mujeres se agarraron furiosas, y armaron un escándalo que repercutió en los diversos corredores donde estaban los camerinos de los artistas. Todos, ellos y ellas, salieron al pasillo que se convirtió en un relidero de gallos.

—¡Adiós... *Crisálida*!—y al decir esto la Aurel hacía ascos.

—¡Adiós... *Ninon*!—despidióse Edith marcando esta última palabra con sarcasmo.

—¡Vamos, Edith!—mandó Douglas cogiendo a ésta por el brazo.

Obedeció ella y se fueron ambos, quedándose los artistas en el pasillo comentando el incidente. Gustavo Dupré, furioso, gritaba:

—Ya lo veis, la salvé de la muerte junto al Sena, la hice famosa, la rodeé de una aureola de celebridad, la respeté siempre y... ¡ved cómo me paga!

Salió uno de los empresarios y mandó:

—No estoy dispuesto a tolerar escándalos en los pasillos... ¡Cada mochuelo a su olivo!...

## V

Aquella noche se celebraba en el Gran Coliseo, el baile de disfraces de los artistas. La plaza, dispuesta para sala de baile, estaba esplendente de luz y adornada con gusto exquisito con plantas y flores naturales.

Cuando llegaron Douglas y Edith, la sala rebullía en un bullicio ensordecedor. Veíanse los más variados y curiosos disfraces, arremolinándose al compás de un brillante two-step. La pareja recién llegada sumóse a los bailarines.

Desde un palco del segundo piso, el hermano de Douglas, John Morley, contemplaba el baile escudriñando en la sala, como buscando a alguien.

Un momento después hubo de haberlo encontrado porque se levantó y fue hacia otro palco donde dos mujeres jóvenes acodadas en el parapeto, contemplaban el baile, fumando aromáticos cigarrillos egipcios. John Morley dirigiéndose a una de ellas, muy hermosa, por cierto, y rubia, llamó:

—¡Naty!... Haga el favor.

Salió la interpelada y fuése con John al palco que éste ocupara. Sentáronse.

—Oiga, Naty, fíjese en aquella pareja que baila cerca de la segunda columna.

—¿Aquella que ella lleva el sombrero de tres picos, y va sin antifaz?

—Sí, él es mi hermano Douglas.

—Pues ella es la famosa «Crisálida», una bailarina que nunca perdió la cabeza por ningún hombre. Se ve que ahora ha encontrado lo que deseaba... ¡Baila admirablemente!

—Escuche, Naty, le doy a usted mil francos si me ayuda a separarla de su pareja.

—Descuide, John, yo le aseguro que me los voy a ganar. Déjenlo por mi cuenta.

Bajó Naty a la sala. Minutos después, en medio de la algarabía de un shimmy infernal, torado por el jazzband, hubo un momento de confusión y hasta suspensión del baile en uno de los ámbitos de la sala: dos parejas, la de Douglas Morley y Edith Reid y la formada por Naty y otro caballero, cubierto con un antifaz, sin saber cómo, cayeron en el suelo. En un abrir y cerrar de ojos, Douglas hallóse abrazado por una hermosa rubia que le apretaba la cabeza contra su pecho, mientras el caballero que bailaba con ésta, levantaba del suelo con

gran presteza a Edith Reid y la hacía salir de la sala acompañándola al palco donde se hallaba John Morley.

Naty, cuando vio desaparecer a Edith, dijo riendo a Douglas:

—¡Oh!... ¿es usted?... ¡Perdone mi atrevimiento y... ayúdeme a levantarme!

Douglas, sonriendo se levantó del suelo y dio su mano a Naty a quien ayudó a ponerse en pie.

—¿Cómo es que hemos quedado abrazados, señorita?

—Por una ley de atracción de dos corazones, señor Morley.

—¿Me conoce usted?

—Mucho... ¿Quiere usted continuar el shimmy conmigo?

—Pero... ¿dónde está mi pareja?

—Ja, ja, ja... ¡Huyó de sus brazos la casta paloma!

—¿Se ríe usted?

—¡Me río!... ¡Bailemos, amigo Douglas!

Naty, la inquieta mistinguet, supo emboblar, con sus encantos, al señor Morley, y lo aprisionó en sus brazos, escuchando éste de sus labios rojos, un canto de sirena, acompañado de los flechazos que le arrojaban aquellos ojos verdes como un tayo de luna tamizado a través de las hojas espesas de un bosque de tamarindos; ojos color de esperanza, promisoros de placeres... ¡Oh, mujer engañadora, qué poder tienen tus ojos cuando los iluminas con la luz de tus sonrisas y con los suspiros que se escapan de tu pecho como alceos del deseo! ¡Satán no ha inventado nada tan poderoso y



ebraz para perder corazones: ojos centelleantes entornados con estudiada pasión, sonrisas de labios rojos, suspiros de deseos pasionales!

Douglas Morley ama, con amor sano, a Edith Reid, la ama y está dispuesto a romper con su novia para ofrecer su nombre a la bailarina; porque está convencido de que ésta no admirará su cariño, sin promesa formal de matrimonio. Cree él, y no se equivoca, que la hermosa «Crisálida» ha sabido conservar su honor en medio del universal desorden moral reinante en aquella sociedad en que vive.

Lo más natural, al verse en brazos de aquella mujer que no es la de sus ensueños, era que corriese en busca de la que hacía latir su corazón; pero los encantos de aquella traviesa rubita de ojos color de esperanza, le retenían distraído, como emborrachado en aquel ambiente de descenfreno y... ¡bailaba, revoloteando al compás del infernal shimmy!

Entretanto Edith, sin darse tampoco perfecta cuenta de cómo había llegado al palco, hallábase ahora en compañía de John Morley, cuyo plan para separar a su hermano de aquella mujer, concebido con tacto y premeditación, iba según sus deseos.

John invita a Edith a beber una copa de champagne en su compañía y ella agradece la galantería; pero procura ante todo adularla en su actuación como bailarina, pues sabido es que no hay nada que agrade tanto a una artista como eso.

—Señorita Edith, parece usted muy cansada.

—¿Me conoce usted?

—¿Quién no conoce en París a la bella «Crisálida»?

—¡Gracias, caballero!

—Supongo no ha de molestarla que yo me honre sirviéndole una copa de champagne.

—Al contrario, quedará muy honrada y agradecida... ¡Gracias!

—¡Por su porvenir, Edith! —pronunció John levantando su copa.

Ella levantó también la suya repleta hasta el borde, y sin pensar poco ni mucho en sus palabras se descolgó con este brindis vulgar que parecía un eco del de John:

—¡Por su porvenir!

John Morley hizo un pequeño movimiento de espaldas que no pasó desapercibido para la joven y que ella tradujo por: ¿y qué me preocupa a mí el porvenir?, y dijo, sonriente:

—Es usted el más feliz de los mortales.

—¿Por qué?

—Porque no le preocupa el porvenir.

—Se equivoca usted. Soy el más desgraciado.

—¿El más desgraciado?

—Sí, porque soy muy previsor; yo siempre sé lo que haré mañana.

—Me deja usted admirada: son raros los hombres que así obran; en cuanto a las mujeres no hablemos, nosotras no sabemos ni lo que haremos el día que vivimos.

—En todo hay excepciones.

—Ellas confirman la regla.

—¡Cuánto me gustaría topa con una mujer previsora!

—¡Cúcela usted!

—Eso ya no se estila; hoy es la mujer quien caza al marido.

—Ha dicho usted eso amargamente... ¿Es usted casado?

—No. Aún soy libre... quizás porque no había hablado aún con usted.

—¿Sin adulación?

—No es mi especialidad... No tengo por costumbre mentir.

—Sin embargo, usted no me conoce.

—Tengo buen golpe de vista... Edith, le suplico acepte un pequeño recuerdo de esta conversación.

John sacó de un estuche un valiosísimo camafeo consistente en un precioso topacio montado en platino, rodeado de brillantes y rubíes, que representaba en relieve una cabecita de mujer rodeada de esta inscripción: *Es peligroso jugar con fuego*. Iba sostenido en una cadenilla de oro, Edith lo contempló con embeleso.

—Es precioso!... ¡Precioso!...

—¿Ha leído usted la inscripción?

—*Es peligroso jugar con fuego*—leyó Edith Reid en alta voz.

—¿También lo cree usted así?

—Me parece usted algo cínico y que tiene demasiado interés en conocer mis sentimientos... ¿Quién es usted?

—Antes dígame, Edith, si acepta usted el presente.

—Lo acepto agradecida, según el precio que usted ponga a esta joya.

—Sólo un recuerdo del hombre que piensa siempre en lo que hará al día siguiente.

—¿Quién es usted?

—Quizás un día le diga mi nombre... ¡Adiós, Edith!

—¡Adiós, caballero!

Una emoción extraña se había apoderado del corazón de Edith. Aquel hombre juicioso no le había dirigido una sola palabra de cariño: era diferente de todos los que ella había tratado. Al subir al automóvil para dirigirse a su hotel y durante todo el trayecto, su corazón latía con violencia, sin poder apartar de su mente la figura esbelta y distinguida del hombre del camafeo... ¿Era simpatía?... ¿Era amor?

## VI

El fin del plan trazado por John Morley era lograr enamorar a la hermosa «Crisálida», para que ella olvidara a su hermano y, por otra parte, hacer que Edith pareciera a los ojos de Douglas como persona indigna de su amor, con el fin de que no se deshiciera su casamiento con Betty. La primera parte ya la había logrado; ahora iba a trabajar la segunda.

Llegó John a su casa de madrugada y esperó la llegada de su hermano a quien quiso hablar antes de ir a descansar.

—Tu estúpido amor por esa artista, ha destrozado el corazón de Betty.



—¡Otra vez, John?... Si tú no metieras esas ideas en su cabeza...

—¿Qué ideas?... Si Betty lo sabe todo... Te advierto que ahora ya conozco la historia de esa mujer. Ha sido la amante del primer bailarín del teatro donde actúa.

—¿Faltas a la verdad a sabiendas!

—¿Que yo miento?... Ese loco amor te impide ver lo que todos saben.

—¿Que saben todos?... Los que hablen mal de esta mujer nienten.

John, en efecto, mentía a sabiendas para lograr el efecto apetecido; pues desde que había hablado con Edith empezaba a creer lo que de ella pregonaba la fama: la artista «Crisálida» era la mujer que supo resistir los embates de cuantos habían intentado seducirla sin miras al matrimonio. John había empezado a trabajar la causa de Betty, aborreciendo en principio a Edith, y ahora empezaba a admirar a la artista. ¿Quién sabe?... A veces la admiración puede transformarse en cariño y de éste al amor es cuestión de grados.

Quiso John dar a su hermano una prueba de que había hablado con Edith y díjole:

—Para probarte que esa mujer se enamora del primero que la habla, escucha.

John fué al aparato telefónico y púsose al habla con la artista. Oigamos el diálogo:

El.—¿Señorita Edith?

Ella.—Yo misma... ¿Quién?

El.—El desconocido que sabe siempre lo que ha de hacer al día siguiente.

Ella.—¡Ah!... ¡Sí!... ¿Cómo está usted desde que le he dejado?

El.—¡Muy bien, gracias!... La he llamado porque necesitaba decirle, una vez más, que es usted la más adorable de las mujeres.

Ella.—Eso es la primera vez que me lo dice.

El.—Pero es tan cierto como que la amo.



—No recien en ella más que a mi peluquero.

Ella.—¿Así?... ¿Por teléfono?

El.—Deme usted la ocasión de decirselo más cerca, en su casa.

Ella.—Ja, ja, ja. No acostumbro... No recibo en ella más hombre que a mi peluquero.

El.—¿Ha guardado mi regalo?

Ella.—Sí, sí; es precioso.

El.—Al irse a dormir póngalo bajo su almohada y... ¡sueñe en quien se lo ha regalado!

Ella.—Así lo haré.

El.—¡Adiós, querida!—Y John dió un beso que Edith oyó perfectamente.

Ella (como escandalizada).—¡Oh!

El.—Si usted no lo admite, devuélvamelo.

Ella.—No, no: lo guardo. ¿Quién sabe si un día se lo podré devolver de cerca?

El.—¡Adiós!

Ella.—¡Adiós!

Colgó John el auricular y dijo a su hermano:

—¿Has oído?

—No creo que hayas hablado con Edith.

—¡Bien, bien!... ¡Allá tú!

Edith Reid puso bajo su almohada el camisero regalado por John y... soñó en el hombre que tan providencialmente se le había declarado pareciéndole que al lado de su oreja revoloteaba un amorecillo cuyas alas hacían rumor de besos.

## VII

Edith Reid leyó, anunciado en la prensa diaria, el debut para el día siguiente de la hermana su Ninon Aurel, para sustituir a la bailarina «Crisálida».

Dejó el diario y redactó la siguiente carta:

Querida imitadora: Estoy esperando impaciente su debut al que tendré el gusto de asis-

tir desde el palco del americano «que pagaba los aplausos a mi actuación». Los silbidos se van a oír hasta en el fregadero del que usted se ha escapado. Le prometo su asistencia.

Crisálida.

Cerró el escrito en un sobre y lo mandó al teatro por un propio a la señorita Ninon Aurel.

Las murmuraciones del teatro, que llegaron a trascender al público y la prensa, hicieron que a la noche siguiente la sala del teatro del Gran Casino se viera colmada de un público ansioso de contemplar el debut de la nueva bailarina como estrella.

Apenas llegada Ninon Aurel al teatro le fué entregada la carta de «Crisálida» que la puso fuera de sus casillas y la predispuso para un fracaso en toda regla, ya que sus nervios se excitaron de un modo extraordinario. Hizo llamar a Gustavo Dupré por el avisador.

—¿Qué pasa, Ninon?

—Lee y le alargó la carta.

El primer bailarín leyó el billete.

—¿Y por eso te inmutas?... No temas, mujer. Eso son bravatas de desfachada.

—Si me hace fracasar, la mato.

—Buena, veo que estás muy nerviosa y que ella va a lograr lo que se proponía... ¡Apacíguete, mujer!

—Nada, la mato.

Llamaron a la puerta del camerino de Ninon. Era el director de escena que venía a anunciar:

—Ninon, prepárese. «Crisálida» está en un palco proscenio. Todo el teatro tiene las miradas en ella.



—¡La mato, la mato!—clamaba la Aurel.

—Se lo digo para que no se innute si la ve usted—prosiguió el director—; yo la he ido a ver y quise impedir que ocupara el palco; pero fué imposible. Está muy intrigada para ver el debut de su rival.

—Bueno, cálmate—aconsejábala Dupré—. Yo te aseguro que su presencia sólo tiene por objeto acobardarte... Tú estás bien ensayada y triunfarás...

—Vístanse—mandó el director—, que empiece el primer cuadro.

Y salieron, éste al escenario; Gustavo Dupré a su camerino.

Empezó la representación sin ningún incidente.

Pero en el segundo cuadro, donde actuaban casi exclusivamente el primer bailarín y la debutante, la cosa varió de aspecto.

Cuando el capullo se abrió y apareció la cabeza de Ninon, mientras la orquesta preludaba, en un delicado pianísimo, un vals lento, del palco proscenio que ocupaba «Crisálida», salió una tosecilla intencionada que se oyó en toda la sala. Ninon palideció. Rasgóse el capullo, saltó a escena la artista, y una sarta de gruñidos oídos distintamente por todos los espectadores desató la risa general. Encima del parapeto del palco, Edith sostenía un crédito mecánico al que hacía gruñir tirándole de un cordoncito. Ninon Aurel miró con ojos de odio mortal a su rival. A causa de la risa del público la orquesta no se oía y los dos artistas no daban pie con bola; parte del público silbó y la orquesta cesó de tocar. Entonces se oyó

un tiro. Ninon había disparado su revólver contra Edith; mas ésta, sin inmutarse, se puso en pie e hizo gruñir aun más a su crédito. El primer bailarín sacó una pistola del cinto, apuntó hacia Edith Reid y disparó. Por fortuna, no hizo blanco. Pero el escándalo promovido no es para describir. En medio de un griterío ensordecedor, muchos de los espectadores, varios de ellos admiradores incondicionales de «Crisálida», lanzáronse al escenario con intención de buchar a Gustavo Dupré, quien quedó muy mal parado bajo los puños de los asaltantes. Ninon Aurel cayó desmayada. Edith Reid al ver en el suelo al hombre que le había salvado la vida y que la había hecho célebre, bajó al escenario y se interpuso entre él y los que se disponían a patearle, gritando:

—Respeten ustedes a este hombre: él me ha salvado la vida.

En aquel momento se presentó en el escenario un inspector de policía acompañado de varios agentes; y dirigiéndose a «Crisálida», díjole:

—Soy el Comisario de Policía. Siendo usted la promotora de este escándalo queda usted detenida. Y usted también, señor Dupré.

—Señor Comisario, estoy a su disposición; pero que se detenga también a esa verdulera—y Edith señaló a Ninon a quien unos empleados del teatro llevaban a su camerino.

Gustavo Dupré se incorporó y dirigió una mirada de agradecimiento a «Crisálida». Esta le preguntó con cariño:

—¿Le han hecho daño, Gustavo?

—Todo por culpa de usted, Edith—contestó él, queriendo dar a sus palabras un tono de acritud.

Mas su amor por la bailarina a quien había



*...y notó como ella se iba acercando hasta echarse casi encima de él.*

conocido de un modo tan providencial y a quien amaba con pasión, hicieron que aquella queja fuese un lamento de su corazón herido; pero no un reproche.

—Señorita—mandó el Comisario—, hágame el obsequio de seguirme.

Salieron los agentes custodiando a Edith,

y después de hablar el Comisario con el empresario del teatro, fué introducida aquélla en uno de los camerinos, quedando en la puerta del mismo, para custodiarla, un agente de seguridad. Al despedirse de Edith, el Comisario le dijo:

—Señorita, queda usted detenida.

A los pocos minutos de quedar detenida Edith, llegó John Morley, quien obtuvo autorización para poder hablar con aquélla. Al verle, la artista se alegró sobremanera.

—¿Usted por aquí, señor desconocido?

—¿Cómo está usted, Edith?

—Ya lo ve. ¡Encarcelada!

—¿Qué ha pasado?

—Lo inevitable después de mi despido del teatro. Gustavo Dupré me salvó la vida hace dos meses.—Y aquí Edith Reid contó a John la escena del Sena, descrita al empezar este relato, su admisión como primera bailarina y sus éxitos resonantes, y prosiguió:—Como precio del favor que Gustavo Dupré me prestara, me pedía... algo que no puedo dar sin dejar de ser mujer honrada. Si Dupré me hubiese solicitado como esposa, no hay duda de que hubiese accedido a sus deseos...

—¿Le amaba usted?

—No, eso no; nunca he sentido atracción por él; pero hubiese hecho el sacrificio de mis sentimientos para entregarme a él para corresponder de algún modo a sus bondades.

—¿No la quería él como esposa?

—Gustavo es un joven que se ha dedicado a hacer triunfar a las artistas que le han gus-



tado para, después, abusar de ellas... ¡Y eso nunca!

—¿Por eso la hizo rescindir el contrato con la empresa?



*Edith se quedó en Nueva York desolada*

—Por eso... y porque vió que correspondía ya a un hombre que me había dado palabra de matrimonio.

—Douglas Morley.

—¿Le conoce usted?

—Bastante... No quiero que ignore que el señor Douglas Morley está próximo a casarse con una preciosa americana llamada Betty Dallar.

—¿Cómo?...

—Así como suena... Douglas la ha engañado a usted.

Sabía John que aquel golpe sería de efecto y no se engañó. Vea él que la bailarina era una mujer más digna de lo que él creyera. Pero aun tenía dudas sobre los verdaderos sentimientos que abrigaba el corazón de ella con respecto al primer bailarín. Cuando una hora antes, se había promovido el escándalo en la sala de espectáculos, él se hallaba presente, y vió como Edith se precipitaba a la defensa de Gustavo Dupré. ¿No era esto amor?... John tenía celos del que creía su rival; lo cual quiere decir, que el papel de fingido conquistador del corazón de Edith, para poder salvar a su hermano, se iba convirtiendo en una realidad: ¡amaba a Edith Reid sin querer amarla!... Sólo él quería representar el papel de víctima sacrificándose por la felicidad de su hermano y de la novia de éste, y ahora, sin darse cuenta, quedaba cautivo de la belleza de la bailarina. Su corazón latía por ella. Aquella mujer que había sabido resistir era muy interesante.

—Pero el primer bailarín ha disparado su revólver contra usted, y declarando la verdad, lo meterán en la cárcel.

—Siento tener que declarar contra él a pe-

ser de ser el culpable de todo. Le odio; pero también reconozco que le debo mucho.

—Si no quiere declarar contra él, lo mejor sería huir... ¿Quiere usted volver a América?

—Cree usted que me sería fácil triunfar en Nueva York?

—Su arte y su belleza, Edith, pueden triunfar en cualquier parte del globo.

—Gracias... ¿Aún no puedo saber su nombre?

—No, aún no... Si usted quiere tomar el vapor que sale mañana de Cherburgo, yo la ayudaré a salir de aquí. ¿Ve usted esta ventana?... Por ahí salta usted a la calle mientras yo entretengo al policía que guarda esta puerta.

—Yo tomaré el vapor en Cherburgo y... ¿ya no nos veremos más?

—Edith, ¿tiene usted confianza en mí?

—Usted me inspira mucha; pero en mí la tengo toda.

—En ese caso, yo la acompañaré hasta dejarla en Nueva York... Yo me encargaré de tomar los pasajes. Creo que esto será una nueva nota más que añadir a la estimación que usted podrá tenerme.

—Entonces... ¿hasta mañana en Cherburgo!

—Hasta mañana, Edith!

Saló John Morley y mientras él entretuvo al agente que vigilaba el cuarto de la bailarina, ésta saltó por la ventana salvándose.

## VIII

El inmenso transatlántico «América» salía majestoso del puerto de Cherburgo. Ya en alta mar, Edith Reid salió de su camarote de primera especial y subió sobre cubierta donde John Morley se paseaba.

—Supongo, caballero—dijo la joven a éste—, que ya no cometo ninguna imprudencia en venir a saludarle.

—No, no; al contrario... Yo pensaba hajar a su cámara; pero no me he atrevido.

—Ha obrado usted muy cuerdamente; porque no le hubiese permitido entrar.

—Bueno es saberlo.

—¿Aún no puedo conocer su nombre?

John sacó una tarjeta de su cartera y se la entregó a Edith quien la contempló un buen momento sin hablar.

—¡John Morley!... ¿Es usted hermano de Douglas?

—Justamente; soy hermano de Douglas Morley que ha quedado en París para casarse.

—¿Luego era cierto cuanto me dijo ayer de él?

—¿Dudaba usted de mis palabras?

—John, desde el primer día que hablé con usted, tuve, por primera vez, confianza en el hombre que no me engañaba; pero que se quería engañar a sí propio.

—No entiendo.

—Me explicaré. ¿Recuerda usted nuestro providencial encuentro?



—Perfectamente.

—Ni hoy mismo me doy perfecta cuenta de como fué. Aquel ambiente perfumado, el calor del champagne y el vértigo del baile me tenían atontada. De pronto me vi en el suelo y momentos después, conducida por una máscara que llevaba el mismo disfraz que Douglas, halléme en su palco de usted, frente a un hombre distinto de cuantos hasta entonces me habían hablado. Ni una palabra de amor. Aquel hombre no me quería engañar; pero en aquellas palabras indiferentes vi traslucirse el verdadero amor...

—¿Cómo?

—Sí, John, no lo niegue. Usted no iba para conquistarme, para engañarme; pero yo le conquisté a usted.

—Pero...

—Como lo siento. Más sencillo: usted, que me aborrecía antes de conocerme, quedó engañado y prendado de mí después de hablarme.

—No lo puede usted asegurar.

—Y lo afirmo con conocimiento de causa. V síno... ¿a qué venía el telefonarme antes de meterse en cama para decirme que soñase en usted?... Usted se engañó a sí propio.

—No hablemos más, Edith... Usted fantasea.

—Conozco el corazón humano, John.

La mujer que supo resistir había tocado en el verdadero registro: John Morley la amaba y cada vez estaba más prendado de ella; pero, hombre severo y de principios, no quería manifestárselo. El debía cumplir su misión hasta el fin con una severidad muy americana. Ade-

más, en un rinconcito de su alma oía una voz que parecía decirle: *¿y si amase a Gustavo Dupré?*

Así transcurría el viaje. Los dos amigos se veían todo el día separándose sólo durante la noche. Y con el trato crecía en ellos el mutuo amor, si bien John sabía disimularlo, encerrándose en una reserva muy prudente que aumentaba el anhelo que sentía la joven por el americano.

Aquella noche llovía. No podían subir sobre cubierta y fuéronse a una salita de lectura donde estaban solos. John tomó un libro de viajes y sentóse sobre un sofá. Edith se sentó a su lado, lo más cerca posible de él.

—Puede usted leer; ya le escucho.

El señor Morley, muy indiferente para con la joven, empezó la lectura y notó como ella se iba acercando hasta echarse casi encima de él y como le miraba suspirando; pero él continuaba la lectura impasible, sin darle a comprender que notaba su aproximación y los codazos que le daba. Al cabo de mucho leer de él y suspirar mirando de reojo de ella, Morley le dijo con mucha sencillez, cerrando el libro:

—Veo que usted se aburre, Edith.

—¿No le parece podríamos subir un momento sobre cubierta, para ver como llueve?

—Vamos.

Caláronse los impermeables y subieron sobre cubierta. Una lluvia menudísima tapaba, como con una cortina de gasa, el horizonte. Hacia el Oeste Edith notó una luz intermiten-

te que parecía apagarse y encenderse alternativamente.

—¿Qué luz es esa, señor Morley?

—Es el faro de Nantucket. Mañana por la mañana veremos la estatua de la Libertad.

—¿No le parece que nos vayamos a descansar?

—Como quiera.

A las seis de la mañana estaban ya sobre el puente cuando llegó un marinero con un radio para la señorita Edith. Ambos lo leyeron. Decía así:

*Edith Reid—Vapor «American»—Acabo de saber su paradero—Saldré próxima vapor para hacerla mi esposa—Douglas.*

John Morley sacó su cartera y dijo a la joven:

—Déjeme; yo le contestaré.

Escribió:

*Douglas Morley—Hotel Ritz—París—Llegaré tarde—Mañana estaremos en Nueva York y me casaré con Edith inmediatamente—John.*

—¿Eso le dirá usted?

—¡Iso!

—Pero es falso.

—Recuerde lo que le dije una vez: «Yo sé siempre lo que haré mañana».

—¡Lo recuerdo.

—Bueno, pues... mañana me casaré con usted.

—¿Cómo se atreve a afirmar eso si jamás me habló de amor?

—Es verdad... Pues ahora se lo diré, ya que es indispensable: Edith, ¿quiere usted ser mi esposa?

—Sí, sí, John, quiero ser su esposa; pero dígame que me ama...

Dijo la joven tendiéndole las manos. Ella hubiese querido poderse arrojar a los brazos del único hombre que le había hablado seriamente. Sin embargo, John quedó impassible. Luchaban en su alma los encontrados sentimientos de amor y de duda: por un lado quería a aquella mujer, la amaba como nunca había amado; pero por otra parte dudaba de su honradez, creyéndola la amante de Gustavo Dupré.

—Me sacrificaré—pensaba—para salvar a mi hermano y luego de casado la abandonaré.

## IX

Llegaron a Nueva York y horas después, en el palacio que tenían los Morley y que éstos habitaban sólo durante los veranos, John y Edith se unieron en matrimonio.

Sin dar ninguna importancia al acto que había hecho y sin ni siquiera besar a su esposa, John Morley salió pretextando algunas ocupaciones, diciendo sencillamente al despedirse:

—Volveré antes de la noche.

En la cámara nupcial, la criada china preparó encima de una mesa dos cirios que encendió, cuando entra Edith.

—¿Qué haces?—pregunta ésta.

—Quiero que vea la señorita si va a ser feliz.

—¿Cómo se ve eso?



—Proverbio chino dice: «Si marido es bueno las velas queman; pero si marido es malo, velas se apagan».

—Bien, bien, enciéndelas.

Aquella noche John Morley no podía apartar de su mente un nombre: ¡Gustavo Dupré! y se sentía roído por el cáncer de los celos. ¡Se había enamorado locamente de su esposa! Pero debía cumplir su misión y la cumplirla hasta el fin. El señor Morley no era hombre que dejase las cosas a medio hacer.

Llegó a su casa y llamó a su esposa:

—Edith—le dijo poniendo encima de la mesa un fajo de billetes y otro de láminas del Estado—, con estos papeles le aseguro para siempre una brillante posición económica.

—¿Qué significa esto, John?

—Esto significa que la pago bien porque me ha ayudado a conseguir lo que deseaba... Ahora con dinero, hallará fácilmente un hombre a su gusto.

—Pero ¿no soy yo su esposa?... ¿Acaso no me cree inocente y pura?

—¿Qué sé yo!—contestó Morley levantando los hombros en actitud despectiva.

—Usted se ha burlado de mí.

—Ahora voy a decirle la verdad. Me he casado fríamente con usted para impedir que hiciera la desgracia de mi hermano.

—¿Ni por un momento intentaré casarme con su hermano!... Además... ¡yo le amo a usted, John!

—¿Cuántas veces habrá dicho usted estas mismas palabras a sus amantes?

—Usted me injuria; no he tenido ningún

amante, John, nunca... Sólo a usted amo, tanto como se puede amar... ¿No lo comprende usted, John? ¡Tenga compasión de mí!... Yo me he entregado a usted, me he casado con usted y ahora me desprecia! ¡Esto es horrible!

—La comedia en las tablas y en la vida es su oficio. Renunció a ese amor que usted dice tenerme a favor de mi rival... ¡Vaya, vaya en busca de Dupré, su antiguo compañero de farsa!

—No, John; nunca le he amado.

—Ahora, con dinero, no vacile. De seguro que aquel hombre le será siempre fiel.

—No me martirice más.

—¡Adiós!—dijo John Morley con un gesto de desprecio que dejó anonadada a Edith.

Un mar de lágrimas anegó sus ojos. Ella, que había sabido conservarse pura en medio de todas las tentaciones; ella que había preferido optar por el Sena antes de vender su honra; ella que era la mujer que supo resistir, era despreciada por el hombre que le había dado su nombre y de quien estaba enamorada con pasión... ¡Era desesperante!

Momentos después de marcharse su esposo, recibió un cablegrama que decía:

Señora Morley—71, Segunda Avenida—Nueva York—Sorprendido por la noticia. Estoy seguro que hará de mi hermano un hombre feliz—Douglas.

Aquella noche, al irse a acostar, vió aún encendidas las velas que la criadita china había alumbrado en la cámara nupcial. Las apagó y dijo a la mongola:

—Veo que los proverbios chinos no fallan.

—No, señorita, usted será feliz con su esposo...

—Sí, sí, ya lo veo.

—Aún no ha muerto.

—Para mí sí.

—No, señorita, las velas anuncian que su esposo será bueno para la señorita.

—Anda vete a descansar.

—¡Feliz, muy feliz!—murmuró con despecho al salir la sirvienta.

Al ir a meterse en cama sacó de bajo la almohada destinada a su esposo un papel que ella había dispuesto allí, escrito de su puño, que decía: *Esposo mío: Te amo.*

La primera noche la pasó Edith llorando su desventura. Pensaba:

—¡Es horrible, verme despreciada por el hombre a quien yo amo porque me cree mala, habiendo sido buena toda mi vida!...

Su desesperación y desconsuelo no tenía límites. Aquel hombre, que la había engañado trayéndola a Nueva York y casándose con ella, era un cínico—pensaba ella—, pero sentía tal amor por él que le perdónaba de corazón. Su único deseo era poderle demostrar que era pura; pero ¿cómo probarlo si él no la creía?

Al día siguiente, fué Edith Reid a solicitar informes sobre el paradero de su esposo. Veinte días después recibió este informe:

SMITH & TAYLOR  
INFORMES  
PARÍS - LONDRES  
NEW-YORK

Nueva York, 20 de agosto de 1921.

Señora Edith de Morley.

Distinguida señora:

Nuestra casa de París nos dice que su esposo asistió al casamiento de su hermano con la señorita Betty Dallar, celebrada hace pocos días.

Por ahora la fecha de su regreso a Nueva York no la podemos precisar. Ya procuraremos comunicarle cuantas noticias creamos puedan interesarle. Aprovechamos la ocasión para ofrecerles de usted attos. s. s.

Smith & Taylor.

X

Mientras su esposa quedaba en Nueva York, aislada, John Morley estaba en París, la ciudad alegre y confiada, pensando mucho en ella, hallando su único consuelo al mal de ausencia, recorriendo los lugares por los que tantas veces había pasado «Crisálida» y... ¡Dupré!

Morley hubiera dado su propia vida por saber que en el alma de su esposa no había hallado otro más nombre que el suyo.

Quería quitarse del corazón aquella espina, aquella duda maldita; y fué al teatro del Gran



Casino para entrevistarse con Gustavo Dupré. Mas supo que ya no estaba en aquel teatro. Había desaparecido, sin dejar rastro, el día del escándalo provocado por «Crisálida».

Entonces determinó entrevistarse con el Director.

—He venido con el propósito de hablar seriamente con el bailarín Dupré de un asunto de mucha importancia para mí; pero me han dicho que ha desaparecido.

—Sí, desapareció—le contestó el Director—sin indicarnos donde iba.

—¿Y usted no podría decirme sobre poco más o menos dónde para?

—Usted ya sabe la vida que llevan esos pájaros; hoy están aquí y mañana... ¿quién sabe dónde?

—Quizás usted me pudiera dar algunos informes.

—¿Sobre?

—¿Conoció usted a «Crisálida»?

—Va lo creo... Se llama Edith Reid; pero se dió ese nombre en el cartel de una revista de gran espectáculo que aquí echamos. Por cierto que tuvo un éxito enorme, gracias a ella.

—Pues bien, ¿no podría darme algún informe sobre esta mujer?

—¡Es preciosa, hermosísima! Unos ojos... ¡qué ojos! ¿Cómo le diría yo?...

—Sí, sí, ya comprendo: unos ojos muy bonitos.

—¡Cómo que queman! Una boquita como una almendra. Bueno, hay quien le critica la nariz porque la tiene algo levantadita;



—Y ahora... ¡rézase!

pero yo le aseguro que es una nariz de muñequita de porcelana.

—No le pido informes sobre su físico. La conozco. Quisiera tener informes sobre su moralidad.

—En cuanto a eso no podré decirle nada.

—Pero usted la ha visto; sabe quien la trataba; con quien se frecuentaba; si tenía relaciones amorosas con alguien; qué relaciones existen entre ella y el primer bailarín...

—¡Nada!

—Pero usted puede darme su opinión sobre la moralidad de esa mujer.

—¿Mi opinión?

—Sí.

—Pues aquí la tiene usted. «Crisálida» es la muchacha más linda...

—¿Otra vez?

—Oígame hasta el fin... La muchacha más linda y más buena que haya nunca pisado las tablas de este teatro.

—Pero ¿qué entiende usted por buena?

—No creo que haya una actriz, una artista en el mundo entero tan pura como ella. No hallará usted ningún hombre que se haya podido vanagloriar de haber podido lograrla.

—¿Y Gustavo Dupré?

—Gustavo Dupré... No sé qué relaciones podían existir entre ellos. Trabajaban juntos...

Aquella restricción del Director traspasó el corazón de Morley... Aquella duda le roía el alma. Explicó al Director como él se había casado con Edith, como la amaba y como había huído de ella porque los celos lo roían.

—Comprendo lo que a usted le sucede...

Olvide el pasado; aún puede usted ser feliz con ella.

—Temo que sea tarde para eso. Fui demasiado lejos.

—Nunca es tarde cuando se ama.

—La ofendí demasiado para que me perdone.

—Vuelva usted a América. Si ella le ama le perdonará y comprenderá su error.

—Muchas gracias, señor Director, por su amabilidad.

—Que tenga usted buen viaje.

## XI

Edith Reid creía haber perdido para siempre a su marido y eso, juntamente con las horas de amarga soledad, era un gran peligro para aquella mujer joven y hermosa.

Comprendiéndolo ella así, procuró no salir de casa y guardar un exagerado y prudente recato. Y si bien pensaba que su esposo había obrado mal juzgándola injustamente, ella creía que no podía pertenecer a otro hombre y conservó en su corazón, como en incensario sagrado, el fuego de su amor por el hombre que le había dado su nombre.

Sin embargo, su vida truncada por un mal casamiento era propicia a la evocación de sus horas triunfales de París.

Un día, cuando más abatida se hallaba, su sirvienta entró en el salón donde se hallaba, presentándole una tarjeta de un caballero que deseaba ser recibido por la señora. Aún no



había tenido tiempo de leer la tarjeta, cuando dicho caballero se presentó ante ella.

Edith palideció.

—Dispénsame, Edith, si me he atrevido...

—La mujer que usted desea ver, señor Durpré, no existe... Yo soy la esposa de John Morley.

—«Crisálidas» no puede morir mientras usted viva. No intente volverme loco con su apariencia de esposa feliz.

—No tengo que dar explicaciones de si soy o no feliz, lo que le digo es que soy la señora de Morley.

—No, Edith, su sitio está allí, en el escenario, junto a mí.

—Gustavo, jamás volveré al escenario porque mi marido me libró del yugo del teatro y me ha mostrado cuál era la verdadera vida.

—¿Pero me cree capaz de permitir que haya un hombre entre usted y yo?

En aquel momento la criada mongola hizo irrupción en el salón azorada y dijo con la respiración entrecortada:

—Señorita, su esposo acaba de bajar del automóvil en la puerta... ya sube.

Poco faltó para que Edith cayera desmayada.

—Huya usted, Gustavo, se lo suplico.

—No temo a nadie.

—¡Por Dios!... ¡Márchese!... ¡No quiero que piense lo que no es!

Llamaron a la puerta.

Gustavo Durpré salió por la opuesta y en el mismo instante penetró en el salón John Morley. Al verlo, Edith se dejó caer en un



Edith Reid

Barbara La Marr

sofá. Adelantóse el esposo y en un tono de humilde arrepentimiento díjole:

—Edith, he vuelto porque he comprendido que no me he portado con usted como debía...

Ella callaba teniendo los ojos bajos, y él prosiguió:

—Lejos de usted, el remordimiento y el amor convirtieron mi vida en un suplicio que no me veo capaz de resistir.

—John, creo sentir que nuestro amor ha muerto... Usted lo ha matado.

John Morley flectió una rodilla en el suelo y suplicó humilde:

—¡Perdóneme, Edith!... perdóneme y déme una oportunidad para demostrarle que hoy la amo más que nunca.

Se abrió una puerta y apareció Gustavo Dupré con una sonrisa de burla, y cínicamente dijo:

—Señora Morley, me obligó usted a salir tan precipitadamente al ver que llegaba su esposo, que dejó olvidados los guantes.

Dupré los recogió de encima de una mesa, saludó sonriente e iba a retirarse; mas el señor Morley le dijo antes:

—Iré a buscarle enseguida para que ajustemos cuentas... He aquí mi tarjeta.

—Aquí tiene la mía.

—Y ahora... ¡váyase!

Salió Dupré. Edith era inocente; pero estaba aterrada y blanca como la cera. Morley la miró con los ojos inyectados en sangre, echaba chispas de odio. Díjole con desprecio:

—Ese hombre ha venido en el momento pre-

ciso para evitar que hiciera la estupidez más grande de mi vida.

Edith no contestó una palabra. Morley salió de la estancia.

## XII

Dupré, deseoso de acreditarse en Nueva York, ha alquilado un suntuoso estudio que Ninon Aurel, siempre celosa, convierte en un infierno.

Aquella mañana hallábase Gustavo Dupré sentado al piano cuando, sin anunciarse, penetró en la estancia Edith. Llevaba la mano diestra metida en la manga del abrigo.

—¿Tú aquí?—le preguntó agradablemente extrañado.

—Necesito—contestó seriamente ella—que venga usted conmigo ahora mismo, y que explique a mi marido su presencia en mi casa. Que le diga toda la verdad.

—¿La verdad?... Entonces le diré que la amo con locura.

—Por última vez le suplico que venga usted.

—Pues ahora no me da la gana.

—Me da la gana a mí—y Edith sacó un revólver con el que apuntó al pecho de Gustavo.

Sonó un disparo. Dupré cayó al suelo. Edith quiso huir; pero oyó ruido en la escalera y se escondió. Abrióse la puerta del estudio y penetró John Morley.

—¡Horror!... ¿Qué es esto?—exclamó al



ver a Dupré bañado en su sangre y tendido en el suelo.

Fué hacia él, le levantó la cabeza y aún respiraba. Con voz apagada, Dupré murmuró:

—Nixon disparó contra mí... ¡Me ha matado!

Apareció Ninon Aurel en una galería, con el cabello en desorden y empuñando aún el arma, y gritó:

—¡Sí!... ¡Yo!... Yo disparé porque quería abandonarme.

—Su esposa...—prosiguió Dupré— es inocente... Siempre lo fué... ¡Siempre!

Va no habló más.

Cuando John vió a su esposa allí y supo el motivo que la había traído, comprendió cuanto debía haber sufrido.

Aquella noche— convencido ya John Morley de que Edith Reid era un ángel que había vivido en medio de la universal depravación de un ambiente corrompido, sin que el fango de la lascivia hubiera salpicado sus níveas alas— sellaron los esposos el principio de una vida de dichas en una noche de amor.

John va a ser un esposo modelo, cuya fidelidad a Edith constituirá el galardón más preciado para la mujer que supo resistir.

FIN

Próximo número día 5 de enero

## ¡Velarás por tu hijo!

Odisea emocionante y conmovedora de un padre amantísimo, cumplidor de sus deberes para con su hijo a quien profesa un entrañable cariño que le empuja al sacrificio de su vida.

Creación del gran trágico

**Henri Baudin**

y del diminuto artista

**André Rolane**

Postal: la de este pequeño y nuevo caso de la pantalla.

## KOENIGSMARK

La proyección de este Gran Film no ha sido, de momento, autorizada; sin embargo, los aficionados pueden leer la interesante adaptación literaria que hemos publicado de esta delicada novela de amor, odio y misterio.

Complete la colección de

**BIBLIOTECA FILMS**

Título de la Supremacía

# Publicaciones selectas de BIBLIOTECA FILMS

1	Resita.		1 p.
2	No se fie de las apariencias.	Mary Pickford	30c
3	Lorna Doone	Charles Chaplin	25c
4	La voz de la mujer.	Douglas Fairbanks	30c
5	Cuidado con la curva!	Lil Dagover	25c
6	El león de Venecia (agotado)	Mogda Bellamy	25c
7	La Rosa de Flandes 2.ª ed.	Raquel Meller	
8	Esueño	André Rouanne	
9	Sherlock Holmes	Dorothy Phillips	
10	Las esposas de los hombres polacos	Helene Chadwick	25c
11	El Signo del Zorro 2.ª edición.	Douglas Fairbanks	25c
12	¿Dónde estás, hijo mío?	Reinwald y Fjord	30c
13	Luisa Miller	Ramón Navarro	25c
14	Flor de fuego (agotado)	Frank Mayo	25c
15	Los dos niños de París 2.ª edición.	Mary y Douglas	25c
16	Rescatando la honra (agotado)	Tom Mix	25c
17	La hija del fuego	Félicia Blenck	25c
18	Nathan el sabio	Sandra y Hermann	25c
19	La Huerfanita 2.ª edición.	Dorothy Gish	25c
20	Clarin May	Barrie Love	25c
21	La brecha del infierno	Camille Vernades	50c
22	(Perdida y encontrada)	Antonio Merino	25c
23	El alma de Oscar	Cullen Landis	25c
24	El Beonza n.º 13	Douglas Mac Lean	25c
25	Mesalina	Rina de Lignero	50c
26	Mandrin, mandillo de leyenda	Kenneth Jones	25c
27	El velo de la dicha	Claire Windsor	25c
28	Nellie, la bella modelo	Max Murray	25c
29	Los Nibelungos (Sigfrido)	Pablo Richter	50c
30	Como aman los hombres	Barbara La Marr	25c
31	El Ladron de Bagdad	Lyn Mara	25c
32	La Reina de la Moda	Jacqueline Blane	25c
33	Montmarire	Pola Negri	25c
34	El Caballero de la Pesadilla	Ivan Mosjoukine	25c
35	Koenigsmark	Jacques Catelain	50c
36	El regreso de Cyclone Smith	Edith Polo	25c
37	Dorothy Vernon	Mary Pickford	25c
38	La Ley de la Hospitalidad	Dexter K. (Pamplona)	25c
39	Viva el Rey!	J. Cogan (Chiquillo)	25c
40	En las ruinas de Reims	Colette Griffith	50c
41	Locuras de juventud	Mia May	25c
42	Historia de un dólar	Tom Moore	25c



# BIBLIOTECA FILMS

EL IDEAL DE LOS APICIONADOS

## SELECCIÓN

### ROSITA

La voz de la mujer

La Rosa de Flandes (Agotado)

¿Dónde estás hijo mío?

La brecha del infierno

### MESALINA

Los Nibelungos (Agotado)

(Sigfrido)

### KOENIGSMARK

En las ruinas de Reims

La mujer que supo resistir

BIBLIOTECA FILMS

aparece todos  
los martes  
en el cine Regatta

TÍTULOS  
DE LA  
SUPREMACIA

Los novelas de  
los más grandes  
cinémas que publi-  
camos, solo  
cuestan 30 cts.